

Neveros

Eva Mula

La vejez siempre entra por los pies. Primero es un hormigueo frío en la planta del pie izquierdo, una electricidad estática que no desaparece ni arrimándose al brasero de picón hasta que las brasas se vuelven ceniza blanca. Después, la certeza traicionera de que las cuevas del pueblo se han empinado solas durante la noche, de que el aire ahí arriba, en los altos de Guarramillas, se ha vuelto más fino, casi irrespetuoso.

Evaristo apartó la vista de la pantalla del ordenador, pero el aroma fantasma seguía ahí. La fotografía que le había enviado su nieta mostraba el «Libro de Asientos de Nieve de la Casa Real», abierto en 1920. Aunque solo era una imagen en píxeles, su memoria olfativa se había superpuesto al presente cibernético: el olor del cuero curtido de los capachos, de la humedad pétreo, del sudor agrio de las mulas. Aquel archivo había despertado voces que Evaristo creía sepultadas bajo la hojarasca del robledal.

Se levantó despacio y caminó hacia la ventana. Desde su casa en Cercedilla, el perfil de los Siete Picos se recortaba contra un cielo de plomo sucio. La gente de ahora mira esas cumbres y piensa en ocio, en esquiar, en aparcamientos saturados. Evaristo veía mercancías, vislumbraba un jornal; a veces, la muerte congelada en bloques de ochenta kilos.

Su abuelo, el tío Cárdenas, había sido un nevero de ley. El padre de Evaristo y él mismo fueron el epílogo: los últimos vestigios de un oficio que se derretía ante la llegada de las fábricas de hielo.

En el libro contable, la caligrafía de un funcionario de 1920 anotaba: «Arbitrio municipal por la saca de nieve: 15 pesetas. Carga entregada y limpia». El papel no especificaba nada del precio pagado en miedo.

La historia real, esa que no cabe en ningún registro administrativo, Evaristo la había guardado siempre en la cuenca de sus ojos lechosos. Ocurrió en el invierno de 1947. Los años del hambre aún coleaban y había que arriesgar para comer.

El sonido que aquel día bajaba de Cabezas de Hierro no era el aullido del viento. La Sierra de Guadarrama, enfadada, brama. El vendaval golpeaba la cara como un saco de piedras escarchado. Evaristo tenía entonces quince años, la edad en que uno se cree inmortal hasta que la montaña le demuestra lo contrario. Él y su padre habían subido con tres mulas —la Parda, la Molinera y el Capitán— para bajar los últimos bloques del Ventisquero de la Condesa.

—Asegura la carga, zagal. Que no baile —le ordenó su padre, gritando para vencer a la ventisca.

A dos mil metros de altitud, el mundo había desaparecido. Cielo y tierra eran la misma sustancia blanca girando en un vórtice ciego: el temido *blanco total*. En esa blancura sin sombras ni contornos, el oído interno falla, el equilibrio desaparece y si uno se descuida, camina hacia el vacío creyendo que pisa llano.

Las mulas iban cargadas con las «piezas»: bloques de nieve compactada envueltos en helechos secos y sacos de arpillera para aislarlos del sol si este asomaba. Caminaban bordeando el abismo que da a la vertiente segoviana. El suelo era una trampa. Bajo la nieve recién caída se escondía el verglás, esa costra de hielo transparente y duro como el diamante.

Y entonces sucedió.

La Parda resbaló.

La pata trasera de la mula patinó sobre el hielo oculto. El animal relinchó con un quejido agudo, casi humano, un grito de pánico puro que perforó el rugido del viento. Perdió el centro de gravedad y resbaló hacia la pendiente, arrastrando a Evaristo —que llevaba el ramal atado a la muñeca; incomprensiblemente, un error de novato— dos metros hacia el precipicio.

Evaristo no lo pensó; el miedo paraliza, pero el instinto de supervivencia es una descarga eléctrica. Clavó los talones de sus botas reforzadas con clavos contra un saliente de gneis. Sintió el tirón en el hombro, un desgarró que le subió hasta la nuca y le provocó un destello níveo en el cerebro. El cáñamo de la cuerda le quemó la palma de la mano a través del guante empapado, lijándole la piel hasta dejársela en carne viva.

Gritó de dolor, pero no soltó el ramal. En la sierra, en 1947, soltarlo hubiera sido condenar a la bestia.

Su padre, difuminado por la niebla como una aparición bíblica, con las cejas y el mostacho cubiertos de carámbanos, se abalanzó sobre el cuello de la Parda. Tiró de ella sin violencia y le habló con la dulzura con la que se habla a una hija.

—Quieta. Quieta, muchacha —dijo con un tono bajo, gutural, una voz terrosa que asía al animal al mundo—. El suelo está ahí. Búscalos.

La mula, con los ojos vueltos del revés por el terror, dejó de cocear. Resopló, dos columnas blancas de vaho contra el gris de la tormenta. Buscó apoyo con los cascos delanteros, encontró roca firme y se estabilizó.

Allí, resguardados tras un roquedal mientras el temporal intentaba arrancarlos de la ladera, el padre de Evaristo sacó una libretica de tapas negras. Con un lápiz de carpintero, anotó algo a pesar de que los dedos amoratados le temblaban.

—Toma nota, chico. Hoy el Guadarrama nos ha cobrado el peaje del miedo, pero nos ha devuelto el cambio en vida. Nunca te fíes de la bonanza serrana, y nunca le pierdas el respeto a la furia.

El descenso fue una agonía de seis horas. Bajaron casi a ciegas hasta el Puerto de Navacerrada, guiándose por la memoria de mil caminatas y por el instinto de la Molinera, que olía el camino firme bajo la nieve blanda. Cuando vieron las luces de la Venta de Arias parpadeando entre las rachas del ventarrón, se les antojaron faros de otro mundo.

Evaristo se frotó la rodilla derecha. Todavía le dolía cuando se cernían borrascas; la articulación guardaba la memoria de aquel tirón, setenta y nueve años después.

Se apartó de la ventana y caminó hacia la estantería de nogal. Cogió un crampón oxidado, de hierro forjado a mano, bien macizo. Los senderistas que hoy suben al Peñalara los usan de aleaciones de aluminio y titanio y llevan relojes que les dan las coordenadas exactas.

Ellos no. Ellos subían con pantalones de pana que pesaban como plomo al mojarse, con chaquetas de lana que se helaban formando una coraza sobre el pecho.

La sierra, ahora un Parque Nacional, había cambiado. Evaristo sonrió con una mueca que le remarcó las arrugas de la boca. ¿Qué sabría la gente del

presente acerca del valor? El valor se mide en el respeto que uno tiene a lo que le da de comer y lo que puede matarlo, todo en la misma jornada.

Ellos, los neveros, los gabarreros, los pastores de la trashumancia, fueron los primeros ecologistas cuando nadie había inventado tal palabra. No cortaban un pino joven porque el pino sujeta la nieve, y la nieve es el agua de julio. No ensuciaban el arroyo, porque de ese agua bebían las bestias, los hombres y los hijos de todos ellos. Cuidaban la sierra con respeto debido a una madre severa: con temor filial y devoción práctica.

Volvió a mirar la pantalla. «Carga entregada y limpia».

Limpieza. La nieve del Guadarrama era famosa por su pureza. Y esa pureza era fruto del trabajo de hombres que subían en agosto a barrer los ventisqueros, retirando piedras y cardos secos, preparando la *cama* limpia para las nieves del invierno siguiente. Un trabajo invisible, jamás bien pagado.

—Abuelo, ¿te has quedado dormido?

La voz de Pablo lo sacó de sus ensoñaciones. Su nieto se había plantado ante él con zapatillas de deporte y un reloj inteligente en la muñeca. Iba a correr un rato por la pista forestal.

—No, hijo. Estaba viajando. Viajando sin moverme del sitio.

Pablo se acercó y miró la foto del libro en el ordenador.

—Mamá me dijo que ahí viene el apodo de la familia: los Neveros.

—Así es. Pero eso no es lo importante.

—¿Y qué es lo importante?

Evaristo señaló hacia la ventana. Los primeros copos comenzaban a caer, grandes y robustos; cubrían el asfalto y silenciaban el mundo.

—Lo importante es que ese libro prueba que esta sierra no es solo un decorado bonito. Es una fábrica. Es una catedral. Y es un cementerio. Cada sendero por el que vas a correr hoy, zagal, lo abrieron las pezuñas de una mula y las botas de hombres que se echaban el invierno a la espalda. Éramos contrabandistas de estaciones. Le robábamos el frío invernal a la montaña para venderlo en verano.

El chico se quedó callado mientras contemplaba la nieve caer.

—¿Tú subías hasta arriba del todo?

—Yo y todos los que subieron antes.

Evaristo se sentó de nuevo. La nevada se intensificaba, cubría los coches, borraba los cables de la luz, devolvía al paisaje su aspecto de 1947.

El viejo nevero cerró los ojos. Dejó de oír el zumbido del radiador. A cambio, con claridad absoluta, oyó el resoplido de la Parda al encontrar suelo firme y el crujido de la nieve bajo las herraduras.

Sintió paz. Los archivos pueden borrarse. Los legajos pueden arder. Las leyes pueden cambiar. Pero la nieve siempre vuelve. Vuelve para cubrir por igual a los vivos y a los muertos, para tapar nuestras miserias y recordarnos cuán pequeño, cuán fugaz es nuestro paso por estas laderas de granito que ya estaban aquí antes de que tuviéramos un nombre.

—Ten cuidado ahí fuera, hijo —murmuró, entreabriendo los párpados—. Pisa donde la nieve esté firme. Y nunca le des la espalda al viento del norte.

Pablo salió y cerró la puerta con suavidad. Evaristo se quedó escuchando el silencio blanco, sabiendo que afuera, el verdadero inventario del invierno se escribía de nuevo, copo a copo, sobre la piel de la sierra.